

Para concluir con el análisis de la participación de Ramos Arizpe en Cádiz quiero mencionar que tuvo, además, una actitud de mucha dignidad cuando el rey Fernando VII, a través del canónigo Ostalaza, le mandó proponer que se le otorgaría el Obispado de Puebla si accedía a aceptar el regreso del absolutismo, o bien, la otra alternativa era quedar arruinado para siempre. El diputado por Coahuila rechazó indignado tan baja proposición contestando: "Yo no he salido de mi tierra a mendigar favores del despotismo; la misión que se me confió es de honor y no de granjería". ¡Hermosas palabras que merecen esculpirse en letras de oro en las páginas de nuestra Historia Patria".

Cuando estuve en Cádiz en calidad de periodista -como ya lo dije- colaborando en El Censor, que dirigía y redactaba don José Miguel Guridi y Alcocer, tuve un debate periodístico con don Agustín Argüelles, diputado español, en el que puse algunas cosas en su lugar porque me molestó la arrogancia con la que este señor trataba en la tribuna asuntos relacionados con mi Patria. Por ejemplo, con gran desparpajo y suficiencia en una ocasión dijo: "La tierra de América es nuestra porque nosotros la descubrimos". Yo le contesté que eso era un hecho imputable a los españoles, no a los americanos. Es decir, ¿qué culpa tuvimos nosotros de que ellos no supieran que existía otro continente? O sea, ellos no nos descubrieron; nosotros ya existíamos sin que ellos lo supieran; en todo caso, simplemente vinieron a dar acá. Porque si eso constituyera derecho de propiedad, ¿que tal si las cosas hubieran sido al revés? Es decir, que los indios americanos sin saber que existía Europa hubieran llegado allá con sus barcas; entonces, ¿seríamos dueños de ese continente por ese solo hecho? ¡No! la tierra de América es de nuestros padres que allí nacieron, o más bien de nuestras madres, porque si aquéllos la perdieron porque no pudieron defenderla, nuestras madres siempre allí estuvieron dándole vida a una nueva raza, porque casi nunca hubo mujeres españolas en América.

Como réplica Argüelles me contestó: "La tierra de América es de España porque el Papa Alejandro VI, vicario de Cristo en la tierra, se la donó a los reyes católicos para su evangelización". Ante eso yo le pregunté: ¿Dónde están los poderes que el hijo de Dios le dio a Alejandro VI para que donara esas tierras? ¡No los tiene! ni los puede tener porque Cristo mismo dijo: "Mi reino no es de este mundo" Entonces, el Papa donó bienes que no eran suyos; lo que significa que carece de validez dicha donación.

En otra ocasión Argüelles dijo: "Hemos perdido muchas de nuestras riquezas para poblar América" y yo le respondí: "¿Cuáles eran vuestras riquezas al descubrirse América? ¿Habéis olvidado que la reina Isabel tuvo que empeñar sus alhajas por los ocho mil duros que tomó prestados para ayudar a Colón a aviar las tres carabelas con que fue a buscar las Indias? Desde entonces todo se hizo a costa de ellas mismas. Para costearse sus gastos Colón empezó a vender los indios como esclavos enviándolos a la Península, y a pesar de que la reina doña Isabel lo reprobó altamente, se siguió este tráfico por más de un siglo de las Antillas a España, y del Continente a las Antillas. Se costearon también con las esmeraldas y las perlas de Haití, y con el oro y la plata de México. Toda la opulencia de España se nos debe a nosotros. Nada se ha edificado en ella, sino con el dinero de América, excepto lo

gótico, que ya estaba. El esplendor que tuvo España en tiempos de Carlos V y Fernando II, se debió a nuestro dinero. A la América le debe todo el respeto que ha tenido como Nación ante el mundo entero, y ¿que hubieran hecho los españoles en su guerra contra Napoleón de no haber sido por los 90 millones de pesos fuertes que les habíamos mandado hasta fines de 1810? Eso sin contar los donativos a cuerpos, provincias y a grupos particulares que se hicieron por conducto de los comerciantes de México

Argüelles me contra-replicó diciéndome: ¡Ustedes están obligados a colaborar con los gastos de la guerra porque España es la Madre-Patria! A lo que le contesté: "¿Madre-Patria? Decid mejor: ¡Madrasta-Patria! ¿Es acaso madre aquella que no considera iguales a todos sus hijos? ¿La que los encadena? ¿La que les roba sus bienes y el producto de sus esfuerzos? ¿La que se niega a reconocerles su independencia cuando han alcanzado su mayoría de edad y se obstina en tenerlos sometidos indefinidamente a su autoridad? ¡Valiente madre es esa!"

En fin, fueron muchos los debates que sostuve con Argüelles, de los cuales sólo recuerdo los que he referido.

Quiero concluir todas mis consideraciones sobre la Constitución de Cádiz, diciendo: Para los españoles fue el comienzo de la revolución constitucional que posteriormente había de conducir a España al republicanismo; fue el triunfo del romanticismo liberal español y la inspiración heroica de la lucha contra Napoleón. Para los mexicanos no significó nada, porque el virrey Venegas suspendió su vigencia dos meses después de haberse promulgado en México; sólo sirvió para que fueran a dar a la cárcel José Joaquín Fernández de Lizardi y el licenciado Carlos María Bustamante, quienes haciendo uso de la libertad de imprenta que ella sustentaba publicaron algunos artículos en sus respectivos periódicos llamados: "El pensador mexicano" y "el juguete" que no fueron del agrado de las autoridades españolas. Bueno, también sirvió para que en su honor se le pusiera el nombre de "**PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN**" a la explanada frente al ahora Palacio Nacional, conocida popularmente como "el zócalo". Muchos creen que el nombre de esa plaza se originó para honrar alguna Constitución Mexicana.

Digno de mencionarse fue la división ideológica que se presentó entre los diputados españoles cuando Fernando VII fue liberado por Napoleón y anunció su regreso a España. De inmediato se formaron dos partidos: El de los "liberales", que de buena fe esperaban que tan pronto el monarca hiciera el juramento prevenido en la Constitución ejercieran en toda su plenitud las facultades que la misma le señalaba, con lo cual se iniciaría la vigencia cabal de aquel código sagrado que tanto sacrificio había costado. El otro partido era el de los "conservadores o absolutistas" que conspiraban dentro del mismo Congreso en contra de su propia obra legislativa, y que en forma subrepticia le estaban ofreciendo al rey que volviera a su trono sin limitaciones constitucionales, ni de ningún otro tipo; es decir, que regresara al ejercicio del poder absoluto como se hacía antes de los sucesos de Bayona. A estos últimos los liberales dieron en llamar "serviles", como una conjunción de las palabras "serviles". También fueron conocidos con el mote de "los persas", porque en un escrito

lleno de zalamerías que enviaron a Fernando VII, empezaban con este pedantesco preámbulo: "Era costumbre de los antiguos persas pasar cinco días en absoluta anarquía después del fallecimiento de su rey, a fin de que las tristes experiencias de asesinatos, robos, despojos y otras tribulaciones vividas en esos días, los obligase a pedir la inmediata intervención del sucesor, y a ofrecerle fidelidad". En este escrito le pedían al rey que destruyera todo lo que habían hecho las Cortes y que se volviera a la monarquía absoluta. Entre los 69 diputados que traicionaron al Congreso aparecían lamentablemente, tres diputados por la Nueva España: Antonio Joaquín Pérez, Ángel Alonso y Pantiga, y José Cayetano de Foncerrada. El primero fue quien más destacó en el partido de los "persas" y posteriormente le pagó el rey su traición, otorgándole el Obispado de Puebla, que era la ilusión soñada por Pérez. Los demás diputados por México, y la mayoría de la representación americana se adhirieron al partido liberal, por cuya razón fueron perseguidos, y muchos de ellos, encarcelados, como ya se dijo antes.

Ahora bien, ya para terminar sólo quiero dejar una pregunta en el aire, por si alguien la quiere bajar a la tierra. ¿Qué diferencia esencial encuentran ustedes entre el Congreso de Chilpancingo que nos dio la Constitución de Apatzingán y el de Cádiz que promulgó la Constitución de la Monarquía Española? Yo afirmo que el nuestro no era menos legítimo que el de allá. Ambos fueron convocados en medio de la lucha en contra de ejércitos extranjeros que habían invadido el suelo patrio. Ambos se integraron con diputados, tanto propietarios como de representación supletoria; ambos aspiraban a la independencia de su Patria. Ambos establecieron su sede en reductos críticos amenazados de cerca por las tropas enemigas; ambos produjeron constituciones liberales que sólo tuvieron vigencia en las provincias que no estaban en poder del ejército extranjero, y al final tuvieron igual destino, los dos Congresos fueron disueltos y perseguidos, y el producto de sus esfuerzos terminó incinerado en la hoguera del despotismo. Hago este comparativo porque hay mentes "extranjeras" que realzan la importancia de lo que se hizo en Cádiz y menosprecian lo que hicimos en Apatzingán; y para acabar pronto, de Constitución a Constitución, me quedo con la nuestra, por más humana y más justiciera socialmente.

MODERADOR

Hemos agotado la segunda etapa de la guerra de Independencia que concluye con la muerte de Morelos y la disolución del Congreso Nacional constituido en Chilpancingo. Se concede la palabra abiertamente para quienes deseen abordar la siguiente etapa que comprenderá hasta la consumación de la Independencia de México.

JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Ya hemos dicho que después de la muerte del padre Morelos siguió un período de anarquía y desorden en las filas insurgentes que nadie fue capaz de contener. El virrey Apodaca, que había sustituido a Calleja, ofreció humana clemencia a quienes se acogieran al indulto oficial, logrando que lo aceptaran muchos de los principales

intelectuales y militares de la insurrección; entre ellos: José Sixto Verduco, licenciado Andrés Quintana Roo y su esposa Leona Vicario, licenciado Ignacio Alas, licenciado José Sotero Castañeda, licenciado Carlos María Bustamante y general Manuel Mier y Terán. Los combatientes Nicolás Bravo, e Ignacio López Rayón fueron apresados. De esta manera sólo quedaban en pie de lucha Vicente Guerrero, Pedro Ascencio y Pedro Moreno; los dos primeros en la región del Sur y el último, por el rumbo del Bajío. Guadalupe Victoria que tantos éxitos tuvo por el camino de Veracruz a México había desaparecido del escenario, sin que nadie supiera de él.

Así estaban las cosas a principios de 1817 cuando sin que nadie lo supiera, en el mes de abril desembarcó en Soto la Marina el general español Francisco Javier Mina, quien había peleado en España contra las fuerzas de Napoleón, y luego contra el absolutismo de Fernando VII. Habiéndose escapado de la prisión donde lo tenía confinado dicho monarca, se refugió en Inglaterra, donde conoció varios personajes de ideas liberales, entre ellos a fray Servando Teresa de Mier, quien, según se sabe, lo convenció de venir a México a seguir luchando contra el rey Fernando; pero ese es un comentario que no me corresponde explicarlo a mí, sino a quien lo vivió intensamente. Ojalá que fray Servando nos comente ese interesante episodio.

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Cada vez que escucho que alguien utiliza la palabra "ojalá", como usted acaba de hacerlo, me acuerdo de un diputado, de cuyo nombre no quiero acordarme, como dijera Cervantes, que cada vez que subía a la tribuna empezaba todas sus alocuciones diciendo: ¡Ojalá esto! . . . ¡Ojalá esto otro! ¡Ojalá que sí! . . . ¡Ojalá que no! Al grado que un día ya no soporté más, me levanté de mi asiento y dije: Espero que el diputado "ojalatero" no nos aburra más con tanta repetición. Desde entonces se le quedó ese sobrenombre para siempre. Por supuesto, nunca me lo perdonó.

Pido disculpas a los presentes y en particular al doctor Mora, por no haber podido resistir la tentación de contar ese incidente . . . ¡Ah, este vicio mío de disgregar siempre!

Pues bien; es cierto que yo conocí a Francisco Javier Mina en Inglaterra, en los tiempos en que andaba yo también huyendo por allá. Era un joven de gran prestancia; tendría entonces unos 26 años de edad. Originario de Pamplona en la región de Navarra; en su alma ardiente y generosa llena de idealismo tenía la libertad un fervoroso culto. Muchos de sus impulsos liberales los había adquirido en la masonería, de la cual era un convencido adepto. Esta institución, anatematizada al principio con las más graves excomuniones, acabó por reunir en su seno a todos los que, perseguidos por la intolerancia religiosa y el feroz absolutismo, necesitaban ocultarse y defenderse mutuamente.

Yo logré inflamar su alma apasionada y joven, comentándole la desigual lucha que los patriotas mexicanos estaban enfrentando por su libertad; le conté cómo el pueblo había seguido por los caminos al padre Hidalgo; las proezas guerrilleras de Morelos,

los principios liberales de la Constitución de Apatzingán. Le impresionó mucho el despotismo de los virreyes y el abandono inhumano de los indios. Mina no podía soportar ningún tipo de cadenas que esclavizaran al hombre en ninguna parte del mundo; cualquier lucha libertaria, donde quiera que se diera, era su lucha. ¡Un verdadero idealista!

Gracias a sus muchas relaciones en Londres, producto de su contagioso romanticismo ideológico reunió recursos suficientes para fletar un bergantín, y el 15 de mayo de 1816 salimos rumbo a América, acompañados de veintidós oficiales españoles, italianos e ingleses dispuestos a luchar al lado de los mexicanos. Nuestra idea era llegar a los Estados Unidos para entrevistarnos con don José Manuel de Herrera, plenipotenciario del Congreso Mexicano, a quien pensábamos encontrar en Washington o en Baltimore para que nos señalara la mejor forma de ponernos en contacto con dicho Congreso, que según nuestros informes debía estar instalado en Tehuacán, cerca del Golfo de México.

Deplorablemente José Manuel de Herrera, como ya lo dije en una intervención anterior, nunca llegó a Baltimore, ni a Washington; no pasó de Nueva Orleans. El gobierno de los Estados Unidos, desde que estábamos en Londres, por conducto de un enviado especial, nos había ofrecido actuar a nuestro lado en favor de la independencia de México, pero puso como condición hacer dicha negociación con alguien que tuviera una legítima representación del Congreso Mexicano. Así es que no hubo ayuda.

En tales circunstancias Mina se dedicó a buscar en Baltimore alguien que patrocinara nuestra expedición, lo cual logró con un rico comerciante de dicha ciudad muy amigo mío, de nombre Dennis Smith, y cuando ya procedíamos a embarcarnos rumbo a Boquillas de Piedras, nos llegó la dolorosa noticia de que el Congreso había sido disuelto por Terán; que la anarquía reinaba en las filas de la insurrección, la cual estaba a punto de extinguirse. No obstante tan pésimas noticias, como ya teníamos preparada toda una escuadrilla, con oficiales de gran experiencia en todos los ramos de la guerra y con una tropa que en conjunto ascendía a 300 hombres, aparte de un buen armamento, resolvimos continuar por nuestra cuenta con los planes expedicionarios, sólo que modificamos nuestro itinerario de desembarque y de internación en el país; ahora la idea era tomar contacto con don Vicente Guerrero, aunque eso significaba atravesar casi todo el territorio de la Nueva España.

Después de grandes dificultades en el mar, por causa de algunas tempestades, logramos desembarcar el día 15 de abril de 1817, en Soto la Marina, en la Nueva Santander, ahora Tamaulipas. Una vez en tierra Mina dio el mando de la artillería al comandante Myers; de la caballería al Mayor Maillefer; la infantería la puso a las órdenes del mayor José Sarda, y un grupo especial llamado Guardia de Honor lo asignó al coronel norteamericano Young.

Entre los implementos que traíamos en el barco venía una imprenta de regular tamaño, en muy buenas condiciones, que habíamos adquirido en Londres gracias a la generosidad de gente liberal de aquellas latitudes. Logré convencer a Francisco

Javier que ahora más que nunca la causa insurgente requería difundir sus razones y sus programas, sobre todo, era imprescindible que él, siendo español, necesitaba explicar los motivos que lo habían traído a México a pelear por su independencia. No era fácil comprender una actitud tan idealista si no se fundaba en razones convincentes.

Para ese efecto, desde Soto la Marina, el 25 de abril de 1817, Mina lanzó una proclama que ante todo dejó de manifiesto la funcionalidad de nuestra imprenta. Por si alguno de los presentes desconocían los términos de esa proclama, voy a dar lectura a algunos de los principales párrafos:

"A LOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS: Al separarme de la asociación política por cuya prosperidad he trabajado desde mis más tiernos años y adherirme a otra, en disensión con ella para ayudarla, creo un deber mío exponer los motivos que me han dictado esta resolución. Yo me hallaba estudiando en Zaragoza cuando los desórdenes de la Corte de España y la ambición de Napoleón redujeron a los españoles a ser la presa de una nación extraña o a sacrificarse en defensa de su libertad. Animado por el santo fuego del amor a la Patria me reuní con un grupo de hombres de Navarra los cuales me nombraron su caudillo. Luchamos como buenos patriotas y dejamos regada en los campos de España mucha sangre y dignidad. Yo fui hecho prisionero y sufrí en mi cautiverio el dolor de mi país. Al restablecerse en nuestro suelo la dignidad del hombre y nuestras antiguas leyes, creímos que Fernando VII se apresuraría a reparar con los beneficios de su reinado las desdichas que habían agobiado al pueblo español; ese pueblo que había demostrado su generosidad al llamarlo nuevamente al trono de donde lo habían derribado su debilidad y la mala administración de su padre Carlos IV; ese pueblo que había perdonado las bajezas de Aranjuez, de Bayona y Valencey. Confiábamos que tendría siempre presente a que precio de sangre española se le había restituido en el trono y que en consecuencia buscaría cicatrizar las profundas llagas que por su causa resentía aún la Nación. ¿Podría creerse que no obstante eso Fernando fuera tan falso y tan ingrato que disolviera las Cortes que habían salvado nuestra dignidad en medio de la opresión Bonapartista? ¿Podría creerse que a los miembros de esas Cortes los persiguiera y apresara como criminales cuando habían salvado nuestras más añejas tradiciones democráticas y liberales? Entonces comprendí que Fernando VII y lo que él representaba eran los verdaderos enemigos de mi Patria. Traté de formar un ejército para combatirlo, pero me delataron y tuve que huir a Inglaterra. Animado siempre del amor a la libertad pensé defenderla en cualquier parte donde mis esfuerzos fueran necesarios y donde más fatales fueran al tirano de mi Patria. Supe que aquí en América se combatía por la libertad, así que desde ese momento la causa de los americanos fue la mía. Es indispensable que todos los pueblos donde se habla el castellano aprendan a ser libres y que los principios liberales extiendan su beneficios a los demás países. Liberados los países de América la dinastía despótica de Fernando VII ya no tendrá de donde alimentarse y rodará su corona por el suelo, dejando libre a España. Tales han sido los principios que me han decidido a separarme de mi Patria y adherirme a América, a fin de cooperar a su emancipación, que será a la vez, la emancipación de aquélla. ¡Mexicanos! permitidme participar de vuestras gloriosas tareas; aceptad los servicios que os

ofrezco en favor de vuestra sublime empresa, y contadme entre vuestros compatriotas. ¡Ojalá logré merecer ese título, haciendo que vuestra libertad se enseñoree o sacrificándole mi propia existencia! para que mañana podáis decir a vuestros hijos: Esta tierra fue dos veces inundada en sangre por malos españoles, vasallos abyectos de un rey; pero hubo también españoles liberales y patriotas que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien”.

Después de esa bella proclama Mina con tan pequeño ejército, inició una brillante campaña que vino a reanimar los ánimos muy decaídos de los insurgentes. Por desgracia fue muy breve su admirable carrera militar en nuestra Patria. Solamente duró siete meses. El 8 de junio derrotó al realista Villaseñor en el Valle del Maíz ante fuerzas seis veces más numerosas. El 15 del mismo mes triunfa sobre Armiñan en la población de Peotillos; el 28 derrotó a Ordoñez en “Los arrastres”; luego atacó, sin éxito, la ciudad de León y se retiró al Fuerte del Sombrero en donde se unió al gran insurgente don Pedro Moreno. En agosto el español Liñán atacó el Fuerte, pero fue rechazado; en ese mismo mes Mina rompió el cerco de dicho Fuerte y salió victorioso pero allí murió el coronel norteamericano Young; siguió por las llanuras del Bajío buscando acercarse a los dominios de Vicente Guerrero, y llegó al Fuerte de los Remedios, cerca de Pénjamo; lo siguió Liñán, pero Mina rompió de nuevo el cerco.

Orrantia, otro encarnizado realista siguió a Mina y lo derrotó en las Cajas; entonces se dirigió a tomar la ciudad de Guanajuato, lo cual no pudo lograr y se retiró para reagruparse a una Hacienda llamada del Venadito, cerca de Silao, donde decidió pernoctar, pero un traidor lo denunció y Orrantia los sorprendió cuando dormían. El indómito Pedro Moreno alcanzó a defenderse pero un balazo le atravesó la cabeza, la que inmediatamente le cortaron y la pasearon en una pica en señal de mofa y de triunfo. Mina apenas alcanzó a despertar, pues fue capturado sin casaca y sin armas, y conducido ante la presencia de Orrantia, quien olvidando los fueros de la desgracia le prodigó indignos ultrajes llamándolo traidor a su rey y a su Patria; como Mina le contestara con noble entereza, enfurecido tuvo la cobardía de darle en la espalda dos “sablazos”. Acción infame que motivó que Mina le dijera las siguientes palabras que dejaron confuso y humillado a su agresor: “Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta su calidad de español, ni el carácter de soldado”. El 11 de noviembre de ese año de 1817 Mina fue conducido al cerro del Bellaco, frente al Fuerte de los Remedios, y allí fue fusilado por la espalda; su cadáver fue sepultado en ese mismo lugar.

Así terminó su brillante carrera aquél generoso y valiente joven que tanto terror infundió a sus enemigos con sus rápidas y señaladas victorias. Aparte de los nobles móviles que le impulsaron a combatir por la independencia de México, y sin atender precisamente a las altísimas prendas de que estaba dotado, el nombre y la memoria de Francisco Javier Mina lucirán siempre en la historia de nuestra Patria con vívido fulgor, porque su aparición en el suelo mexicano y su sorprendente campaña de siete meses reanimaron las esperanzas de los defensores de la libertad, próximas

a extinguirse, y continuaron la lucha que sólo habría de terminar con la completa separación entre España y nuestro México.

Yo creo que Mina no contó, injustamente, con el decidido apoyo que debieron impartirle los demás caudillos de la independencia. Los que estaban muy distantes de él no tuvieron tiempo de ayudarlo, pero los que peleaban en la misma zona anduvieron remisos y mezquinos en socorrerle cuando necesitó de su auxilio. Hasta el mismo Torres, que luchaba allí mismo en el Bajío, por envidia o desconfianza, no le prestó apoyo ninguno; esto lo afirmó Robinson un historiador norteamericano que hizo la crónica de la campaña de Mina. Yo pienso que muchos insurgentes no creyeron en la generosidad e idealismo de Mina; consideraron que por ser español sus intenciones no eran verdaderamente desinteresadas. Por otro lado, Mina no escuchaba consejos; alguna vez escuchó los míos, pero todos sus triunfos lo ensoberbecieron al grado de creer que podía tomar la ciudad de Guanajuato con tan pequeño ejército. Ese fue su fracaso; si se hubiera dedicado simplemente a hacer la guerra de “guerrillas” e internarse rápidamente en el territorio mexicano hasta llegar al lado de Guerrero, otra cosa hubiera sido. ¡Imagínense que Mina hubiera llegado cuando Morelos andaba en campaña! Ni los huesos les hubieran quedado a los realistas. De cualquier manera en el transcurso del tiempo Mina debe significar para todo mexicano generosidad, valor y libertad.

Al virrey Apodaca por tan mezquino hecho de armas le otorgaron el desorbitado y ridículo título de “Conde del Venadito” por el nombre del rancho donde capturaron a Mina.

Esto es todo lo que tengo que decir de mi joven y valeroso amigo, representativo del ideal de la libertad universal.

FRANCISCO PRIMO DE VERDAD

Ya hemos llegado al momento crítico de la guerra de Independencia en la que solamente Vicente Guerrero sostenía la antorcha de la libertad; los demás jefes insurgentes habían muerto, estaban presos o indultados, pero entre ninguno de ellos aparece Guadalupe Victoria. ¿Alguien sabe cuál fue su suerte?

JOSÉ MARIANO MICHELENA

Yo estoy enterado de la senda que siguió JOSÉ RAMÓN ADAUCTO FERNÁNDEZ Y FELIX, que era el verdadero nombre de Guadalupe Victoria, quien en 1811 se integra en el ejército del padre Morelos dejando trancos sus estudios de jurisprudencia. Participa en la toma de Oaxaca donde hace célebre su heroica frase de “va mi espada en prenda, voy por ella”. Siguió participando en todas las batallas relacionadas con el Congreso de Chilpancingo y una vez promulgada la Constitución de Apatzingán se le otorgó el grado de Coronel y se le asignó la defensa de la zona de Veracruz. En los primeros días los mulatos de ese rumbo no esperaban nada bueno de él; lo veían muy flaquito y muy desmedrado y no creían que sería capaz de sobrellevar las fatigas de la guerra; pero pronto cambiaron de opinión. Supo

ganarse su afecto, adoptó sus modales; se mostró humano e impávido en los peligros; sufría a la par con ellos sus privaciones, y he aquí que se convirtió en amigo de todos los jarochos que lo veían y respetaban como a un hombre extraordinario.

De esta manera Victoria se convertiría paso a paso, golpe a golpe, en el azote de todos los convoyes que acertaban a pasar por el "puente del Rey", en el camino de Veracruz a Puebla. Se adueñó por completo de ese puente que era el paso obligado entre el puerto y la capital. Su permanencia en ese lugar lo obligaba a hacer vida permanente de campaña. En alguna ocasión un pasajero le preguntó a uno de sus hombres: ¿Dime quién es Guadalupe Victoria quiero conocerlo? y el soldado contestó: ¡Es aquél que lleva en las correas traseras de la montura un tasajo de carne seca de vaca! Tal era su distintivo de pobreza y honrosa sobriedad. Su cama eran unos carrizos que formaban un tapextli; dormía vestido y con las espuelas puestas; soportaba inmutable las calenturas propias de esa región.

Se jugaba diariamente la vida tratando de mermar los ejércitos españoles que necesariamente tenían que pasar por el puente, y como era el camino más transitado de la Nueva España, propiamente no tenía descanso.

Cuando el movimiento insurgente entró en un período de reflujo; cuando ya no disponía de armas para sus guerrillas, y los acontecimientos parecían haberle dado la espalda a la lucha por la libertad; cuando el gran Morelos había sido derrotado y pasado por las armas, lo mismo que Mina; cuando los que fueron sus jefes habían abandonado la contienda, o sean Terán y Rosains; cuando a cada momento pasaban por el "puente" nuevos contingentes de soldados españoles recién llegados de España perfectamente armados, Victoria no quiso rendir sus armas y entregarse. Recordó las palabras de Morelos: "Aceptar el indulto es escaparle al bulto y dejar a la Nación empeñada". Ordenó a sus hombres dispersarse y regresar discretamente a las faenas del campo mientras él se internaba solitario en la floresta.

Es, entonces, cuando Victoria desaparece para el mundo; se lo tragó el monte. Muchos lo dieron por muerto. El terco tábano que con sus guerrillas aguijoneaba constantemente al enemigo, desapareció por completo. Las tropas realistas que habían sido víctimas del acoso persistente de Victoria no podían aceptar resignadamente su simple desaparición; lo buscaron palmo a palmo de terreno en toda la región; interrogaron y atormentaron a muchos indios y campesinos en busca de una pista para localizarlo. Nadie supo nada. Ni quienes habían luchado bajo sus ordenes sabían su paradero. A medida que pasaban las semanas, los meses y hasta los años se fortalecía la idea de que había muerto. ¿Qué había sido de él?

Un personaje inglés que combinaba actividades diplomáticas con las de historiador y algunos pensaban que también con las de espionaje, llamado Henry George Ward, escribió un libro sobre su estancia en México que corresponde a la etapa que estamos abordando, y en relación a Guadalupe Victoria refiere un relato sobre su desaparición que cuando lo leí me impresionó profundamente, aunque me pareció un tanto fantasioso; luego, el propio Ward proporcionó datos y evidencias que dejaron

en claro su veracidad. El relato es el siguiente: "Cuando en 1818 Victoria fue abandonado por todo el resto de sus hombres, según sus propias instrucciones, dos indios que lo acompañaron hasta el final y en cuya fidelidad sabía que podía confiar le preguntaron en donde quería que lo buscaran en caso de que hubiera algún cambio. En respuesta, les señaló una montaña que estaba a cierta distancia y les dijo que probablemente en aquella montaña podrían encontrar sus huesos. Había elegido tal sitio por la única razón de que era especialmente abrupto e inaccesible, rodeado por bosques espesos y de gran extensión".

"Los indios guardaron este recuerdo y tan pronto como las primeras noticias de la declaración de Independencia de Iturbide llegaron a sus oídos, se lanzaron en busca de Victoria; se separaron uno del otro al llegar al pie de la montaña y emplearon seis semanas completas en examinar los bosques que la cubrían; durante ese tiempo vivieron principalmente de la caza, pero viendo que se agotaba su existencia de maíz y que todos sus esfuerzos eran infructuosos, estaban a punto de dar por terminada la búsqueda, cuando uno de ellos, al cruzar una barranca descubrió la huella de un pie que inmediatamente reconoció como perteneciente a una persona acostumbrada a usar zapatos. El indio esperó dos días en ese lugar, pero al ver que no aparecía nadie, y estando por terminarse sus provisiones, colgó cuatro tortillas que le quedaban en la rama baja de un árbol y se dirigió a su pueblo a volver a abastecerse de alimentos, con la esperanza de que si entretanto Victoria acertaba a pasar por aquel lugar, las tortillas atraerían su atención y le indicarían que algunos amigos lo andaban buscando".

"Su pequeño plan tuvo éxito completo. Al cruzar Victoria la barranca dos días después, llamaron su atención las tortillas, que afortunadamente no se habían comido los pájaros, y como en ese momento llevaba cuatro días sin comer nada, y más de dos años sin probar pan, él mismo dijo que había devorado las tortillas antes de que la urgencia de su apetito le permitiera reflexionar sobre lo extraordinario de haberlas encontrado en un punto tan solitario, en donde nunca antes había visto huellas de ser humano. No podía saber si habían sido dejadas allí por un amigo o por un enemigo, pero teniendo la seguridad de que quien quiera que las hubiese dejado pensaba regresar, se escondió cerca del lugar, a fin de observar sus movimientos y tomar las medidas correspondientes".

"Al poco tiempo regresó el indio, y habiéndolo reconocido Victoria al instante, salió bruscamente de su escondite, a fin de dar la bienvenida a su fiel seguidor, quien aterrorizado al ver un fantasma cubierto de pelo, macilento y que, llevando puesta únicamente una vieja envoltura de algodón avanzaba sobre él con una espada en la mano desde los matorrales, escapó y no fue sino hasta que oyó repetir su nombre varias veces, cuando recuperó su compostura lo suficiente como para reconocer a su antiguo general. Lo impresionó mucho el estado en que lo halló y lo condujo inmediatamente a su pueblo, en donde Victoria fue recibido con el mayor entusiasmo. La noticia de su reaparición se esparció como relámpago por toda la provincia, en donde al principio no se creyó por lo convencido que estaba todo el mundo de su muerte, pero tan pronto como se supo que realmente estaba vivo, todos los antiguos insurgentes se unieron a él".